

KARL R. POPPER Y LA DESCALIFICACIÓN CIENTÍFICA DEL PSICOANÁLISIS

A finales de 1994 se produjo una necrológica significativa para las Ciencias Sociales y las Humanidades, para la filosofía y el pensamiento crítico en general. Una figura esencial de la epistemología y la filosofía política había fallecido. Justo parece que analicemos su paso por la Filosofía de la ciencia y su tenaz aguijón crítico. Motejado de conservador por su radicalismo antimarxista, de lo que no cabe duda alguna es de su calidad de testigo excepcional del siglo pues lo estrenó naciendo en 1902 y muere cuando el propio siglo expira. Tras su muerte, multitud de exegetas de su obra se reparten y exprimen el botín ideológico que ha dejado por herencia. Su desaparición no invita al sosiego y el alivio, sino al reexamen para sopesar el valor científico de nuestros dominios cognoscitivos y nuestro particular «tercer mundo» de elaboración científica. Para los eternos aspirantes al saber psicoanalítico, la figura de Popper es una visita obligada, puesto que dedicó una precisa atención al mismo a lo largo de sus primeras obras, coincidentes con el boom freudiano en Europa y su expansión por un mundo impregnado de positivismo y neopositivismo, sobre todo en las ciencias humanas y sociales.

1. OPOSICIONISMO DENODADO A LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA POSITIVISTA

El movimiento positivista comtiano impuso al conocimiento científico una exigencia de verificación, además de un modelo de imitación: la Física. La Escuela Neopositivista revisó los planteamientos anteriores proponiendo otros dos criterios decisivos para la demarcación científica: la operacionalización del lenguaje utilizado en la ciencia de modo que pudiera ser instrumentalmente accesible y distinto al lenguaje común, y la significatividad de los enunciados y leyes que se pretendan científicos. Es obvio que el primero de dichos criterios (el lenguaje

preciso y operacional) delimita el opaco campo de la Filosofía, sujeto a vaguedades más o menos especulativas, del campo de la ciencia que, en todas sus formas, profesa un tributo a lo empírico. También es obvio que la significatividad delimita el inservible campo de la Metafísica de los objetivos de utilidad y aplicabilidad directa o indirecta pretendidos por las ciencias.

«La Metafísica si tiene sentido, es un sentido que recibe de posiciones científicas... La metafísica es un saber gratuito, que regala conocimientos de zonas inexploradas y que hace afirmaciones importantísimas que no podemos verificar» (L. Martín Santos, 1970, 17).

Popper añade a los criterios anteriores el que considera el único criterio decisorio a la hora de demarcar la ciencia de la **pseudociencia**: la refutabilidad. Y he aquí que ha hecho aparición el apelativo o más bien la categoría donde incluyó y sepultó irredento para siempre al Psicoanálisis: La Pseudociencia, la Mancia, las Tinieblas exteriores:

«(Popper) más tarde se interesó por las ideas de Freud y luego las de Adler, y la misma duda le llevó a abandonarlas: los tres (incluido el marxismo) eran credos que conseguían adhesiones por su carácter irrefutable, porque permitían explicar cualquier situación concebible, y por tanto porque no pedían nada concreto» (P. Schwartz, 1993, 10).

La corriente epistémica por él iniciada se conoce como **racionalismo crítico**, porque hace de la racionalidad el dintel demarcativo entre la ciencia y la pseudociencia, y de la crítica la actitud esencial del científico, pero ya veremos que dicha actitud posee ciertos toques de heroica ingenuidad pues requiere del científico un temple tal que le permita exponer a la muerte —mediante la falsación de las hipótesis— aquellas mismas teorías o hallazgos por cuya validez ha estado trabajando. El racionalismo ingenuo de la primera época de Popper representa, a mi entender, la *pulsión de muerte* en la epistemología frente a la pulsión de vida encarnada por el positivismo verificacionista y la abúlica indolencia permisiva del anarquismo científico encarnada por Feyerabend. Atendamos sus palabras:

«Desde el punto de vista epistemológico carece enteramente de importancia que mi sentimiento de convicción haya sido fuerte o débil, que haya procedido de una impresión poderosa o incluso irresistible de certeza indudable, o simplemente de una insegura sospecha: nada de todo esto desempeña el menor papel en la cuestión de cómo pueden justificarse los enunciados científicos» (K. R. Popper, 1935, 45).

Propugna como valerosa actitud de cada científico riguroso el sacrificio, la inmolación, el haraquiri de su propia red de conjeturas. De tal modo que las

verdaderas conjeturas científicas nacen para morir a manos de sus propios artifices. El racionalismo crítico popperiano ignora, aunque deliberadamente, la subjetividad del científico, su apego a las hipótesis que ha creado, a las intuiciones que le han sobrevenido, a las confirmaciones que ha conseguido. El racionalismo popperiano es un eficaz antídoto contra el narcisismo de la ciencia y de los científicos. El cortejo de seguidores conseguido por un investigador, el aplauso de la comunidad científica, la sumación de pruebas confirmatorias de una teoría no valen nada. Son ecos de la farándula que también obtienen muchas doctrinas pseudocientíficas. Y nadie puede negar la veracidad de esto último a la vista de la popularidad de ciertas sectas o doctrinas esotéricas que conviven con la Psicología más académica:

«... si no se fija un punto en absoluto, su teoría tiende a vaciarse de contenido. Si un científico no está dispuesto a ponerse un límite a las maniobras evasivas que ejecute para defender su teoría, abandona la asunción de riesgos y con eso abandona la ciencia» (K. R. Popper, 1968, 19).

Los resultados positivos, la ratificación de una teoría puede ser fruto de un sinfín de factores aleatorios, conocidos unos, descontrolados otros. La sumación cuantitativa de verificaciones conduce a una complaciente tranquilidad, pero no produce seguridad de que la ligazón causa-efecto exista realmente. Esta es, básicamente la crítica popperiana al inductismo y al verificacionismo. Veámoslo con más detenimiento. La crítica al método inductivo como pilar de la científicidad comenzó a interesar a Popper en 1953 a partir de un análisis crítico de las teorías de Hume y los empiristas. Para ellos, el aval de la seguridad científica de un enunciado hipotético dependía de la repetición de ciertos hechos enlazados causalmente. Si A es cierto, entonces B tiene que suceder. Donde quiera que tal enunciado se cumpliera un número significativo de veces, se accedía por inducción a componer una ley causal que enlazaba A y B. Popper juega con este proceder común del científico asegurando que, en el fondo, toda inducción exige un acto de fe: las cosas son verdad cuando suceden muchas veces. Pero tal proceder, considera Popper, traiciona el espíritu científico que nunca puede confundir lo verdadero con lo habitual o la sucesión temporal de los hechos con la causalidad entre ellos. Popper nos lleva por este camino al desencanto del empirismo y del verificacionismo:

«Yo había quedado sorprendido por el hecho de que los marxistas (...) y los psicoanalistas de todas las escuelas fueran capaces de interpretar cualquier evento concebible como una verificación de sus teorías. Esto, juntamente con mi criterio de demarcación, me condujo a pensar que sólo las refutaciones intentadas que no tuviesen éxito *qua* refutaciones, deberían contarse como “verificaciones”» (K. R. Popper, 1976, 56).

Mientras el positivismo espera regularidades (verificaciones estables) como consecuencia de la repetición de los mismos elementos, Popper explica las repeticiones como resultado de la propensión a esperar y buscar regularidades: Uno encuentra lo que busca. ¿Qué espera Popper, por el contrario, que haga el verdadero científico? Más bien lo opuesto: Buscar lo que no espera encontrar, buscar la piedra de toque contra la que se estrelle su hipótesis, indagar hasta encontrar replicados sus enunciados, contradichos por la realidad. ¿Queda mejor explicitada mi interpretación acerca de que Popper representa la pulsión de muerte en la ciencia? Viene a mi cabeza aquel proverbio yiddish que afirmaba: «El buen científico es aquel que está dispuesto a prescindir de varias de sus hipótesis favoritas todos los días antes del desayuno, ¡eso le mantendrá joven!» y quién sabe si dicho proverbio actuó como sustrato filosófico en Popper que poseía ascendencia judía.

Al eliminar el criterio verificacionista por inadecuado o, mejor dicho, por no garantizar suficientemente la delimitación entre lo científico y lo pseudocientífico, Popper esgrime su criterio de refutabilidad o de **falsabilidad**, pues con los dos términos se le conoce. Entre los hechos empíricos (*primer mundo*) y las teorías (*tercer mundo*) puede encontrarse una conexión, entendiendo que no puede saltarse del primero al tercero por obra y gracia de la generalización inductiva, pues hacerlo exigiría incluir supuestos ideológicos (como el sentido común) que contaminarían definitivamente el rigor científico. El camino de enlace es lo que Popper entiende como '**experimento crucial**' o test de falsación. Al comparar pensamientos como el psicoanalítico con teorías como la de la relatividad de Einstein, Popper concluye que el *quid* de la diferencia en cuanto a seguridad científica no está ni en el número de verificaciones de apoyo ni en el número de predicciones exitosas, sino en superar o no experimentos cruciales falsadores:

«Pero lo que más me impresionó fue la clara afirmación del propio Einstein de que consideraría su teoría como insostenible si no resistía ciertos tests... He aquí una actitud totalmente diferente de la actitud dogmática de Marx, Freud, Adler, y aún más de la de sus seguidores. Einstein buscaba experimentos cruciales, cuyo acuerdo con sus predicciones en modo alguno establecería su teoría; mientras que un desacuerdo, como él mismo fue el primero en señalar mostraría que su teoría era insostenible» (K. R. Popper, 1976, 51-52).

Es cosa fácil para cualquier conjunto teórico, incluso los más patentemente míticos y esotéricos, encontrar datos que lo apoyen. Lo realmente difícil es encontrar una actitud falsacionista que exponga los postulados para que los hechos los falsen, los zarandeen o los humillen. ¿Quién es el atrevido dispuesto a pasar el trago de ver ridiculizadas las hipótesis en las que más creyó? Sin embargo, ésta es la exigencia de Popper. Un conjunto teórico será tanto más

arbitrario e insuficientemente fundado cuanto menos osado sea en someterse a la crítica. El párrafo que resume y centra la epistemología popperiana es el siguiente:

«... sólo admitiré un sistema entre los científicos o empíricos si es susceptible de ser *contrastado* por la experiencia. Estas consideraciones nos sugieren que el criterio de demarcación que hemos de adoptar no es el de la verificación... *ha de ser posible refutar por la experiencia un sistema científico empírico*» (K. R. Popper, 1935, 40).

2. CIENCIA Y PSEUDOCIENCIA. DEMARCAR LO PROBADO DE LO PROBABLE

Las hipótesis probadas, por la vía del falsacionismo, provocan seguridad, permiten un cierre gnoseológico. Las no probadas concitan la incertidumbre, la duda, la inquietud, el deseo de cerrar y trabar lógicamente los elementos dispersos del sistema. Si la tensión introducida en el sistema gnoseológico, amén de en los sujetos que hacen ciencia, sobrepasa un nivel y se hace desagradable o insoportable, la salida más frecuente es la de forzar el cierre; ¿cómo?: seleccionando sesgadamente los hechos que demuestran la validez de la hipótesis que nos concierne, magnificando las evidencias favorables y silenciando las anomalías o hechos resistentes a dicha hipótesis. También puede procederse a dogmatizar el núcleo duro de la teoría y a maquillar los hechos contradictorios envolviéndolos en una red de hipótesis **ad hoc** o justificacionistas. Así se comportan los saberes pseudocientíficos. Así se comporta el Psicoanálisis, según el entendimiento popperiano:

«Me resultaba claro que lo que hacía que una teoría, o un enunciado fuesen científicos, era su poder para descartar, o excluir, la ocurrencia de algunos eventos posibles —para proscibir, o prohibir, la ocurrencia de esos eventos—. Así pues, cuanto más prohíbe una teoría, más nos dice» (K. R. Popper, 1976, 55).

Las pseudociencias son, en verdad, metafísicas con envoltura racional y lenguaje científico. Popper considera pseudociencia a *todo conjunto estructurado y racional de enunciados que no ha dado lugar aún a específicas y minuciosas pruebas de contrastación y que no pretende en modo alguno someterse a ninguna testabilidad empírica*. La pseudociencia no puede superar la prueba porque incluso rechaza someterse a ella. Hasta se permite despreciar tal requisito con la clarividente superioridad de un artículo de fe indiscutible. La ciencia es empírica, ama la testarudez de los hechos aunque no se casen fácil-

mente con las teorías. La pseudociencia, por el contrario, ama las teorías y se indigna con los hechos que las ponen en jaque. No trata de explicarlos, ni de cambiar las teorías: decreta, por el contrario, la segregación de los hechos discrepantes con el sistema o los incluye en una red de subhipótesis auxiliares que, sin desdecir la hipótesis principal, permite sobrevolar sin ofender aparentemente al principio de contradicción. Popper declara una guerra sin cuartel a todas las mancias o pseudociencias contemporáneas, denunciando su apariencia engañosa de coherencia lógica entre los postulados y de racionalidad hipotético-deductiva. Todo ello, dirá, es necesario pero no es ni mucho menos suficiente.

Necesaria y suficiente para demarcar la ciencia de la pseudociencia es la falsabilidad potencial de la teoría en cuestión. Es una condición precursora del paso a una heurística positiva. Lo contrario: cerrar las vías de falsación produce deplorables consecuencias. Admitir apriorísticamente como probada y fundamental una hipótesis, es un camino seguro para convertirla en un artículo de fe. En ciencia no debe haber ningún principio último, ley o punto de vista inapelable, oscuro o inefable. La ciencia, cualquiera sea el objeto o propósito con que se aplique, no debe proteger nada de antemano a una eventual falsación. Las invocaciones al sentido común, a la tradición, al consenso de toda una comunidad científica o a la rotundidad de una convicción cualquiera, así como a la inobservabilidad de ciertos enunciados, son arduos compromisos para la filosofía, pero deben despreocupar a quien tenga talante científico. Si tales supuestos se cumplen, mala suerte para la teoría, pero no pasa la prueba y debe postergar su legitimación como científica.

Hay quien habla, a propósito de la postura popperiana, de una **selección natural de las teorías**: éstas sostienen en la arena científica una acerba lucha por la hegemonía. La más apta para sobrevivir será la que haya resistido las contrastaciones más exigentes y rigurosas. La teoría más fuerte es aquella teoría falsable en mayor grado, aquella que dice más acerca del mundo de la experiencia ya que excluye un número mayor de enunciados básicos. Pese a la aparente semejanza entre la verificación y la falsación, Popper insiste en que no son en modo alguno criterios simétricos, representando respectivamente la versión positiva y negativa de lo mismo, sino asimétricos.

Popper defiende las Ciencias Naturales como arquetipo de su modelo epistemológico; un modelo de heurística negativa, pues según su parecer, la validez científica de sus leyes deriva de prohibir, vetar determinados eventos: «si tal hipótesis es cierta, tal hecho no puede producirse; si tal hecho se produce, la hipótesis es errónea». En suma, la falsabilidad y la contrastabilidad de las teorías son las claves que deciden su científicidad. Por el contrario, la irrefutabilidad, subjetividad e insistencia en el contexto de descubrimiento (psicologismos, sociologismos) son pistas para sospechar la **indigencia lógica de una teoría**, su alto grado de doctrinarismo y su minusvalía para competir en la 'arena científica' con otras alternativas.

3. EL PSICOANÁLISIS COMO PSEUDOCIENCIA

El juicio que le merece a Popper el psicoanálisis es el de materia infalsable y, por consiguiente, pseudocientífica. Aunque difiriéramos seriamente de tal sentencia, no podríamos negarnos a reconocer al menos su cuasi-infalsabilidad o su falsabilidad sólo parcial y fragmentaria. Pero, como apunta Sánchez de Zabala (1970), la cuasi-infalsabilidad, pareja de la cuasi-verificabilidad, afecta a materias con un elevado grado de abstracción. Comúnmente, la 'idealización' que produce el encontrarse ante una doctrina con un elevado potencial heurístico, tienta al científico en trance de elaboración a prescindir de los referentes reales o empíricos de la teoría. Hemos hablado antes del desprecio a los hechos que suele estar presente en las pseudociencias. Popper no salía de su perplejidad ante la 'prepotencia despectiva' de una teoría como la freudiana cuando leía frases como la siguiente:

«Una vez seguramente diagnosticado un caso... podemos ya traducir la sintomatología en etiología, y pedir luego al enfermo la confirmación de nuestras hipótesis. Sin dejarnos desorientar por su negativa inicial, insistiremos en nuestras deducciones, y nuestra firme convicción acabará por vencer toda resistencia» (S. Freud, 1898, o. c., I, 320).

El psicoanálisis confunde a menudo verosimilitud con prueba, hipótesis probables con realidades evidentes. La represión, el inconsciente o la resistencia se erigen como los conceptos claves que defienden la teoría de cualquier hecho potencialmente refutatorio. Representan ese conjunto de hipótesis que, a la par que nucleares y metaempíricas —al menos en cuanto a su constatación directa—, pueden emplearse como escudo protector de otras hipótesis de la teoría cuando son sometidas al ataque de los hechos contradictorios. Para Popper constituyen el candado que sella el hermetismo empírico del psicoanálisis y que impide, por consiguiente, cualquier proyecto de falsación de sus leyes. Esto significa que el psicoanálisis no es testable:

«Algunas teorías genuinamente testables, después de hallarse que son falsas, siguen contando con el sostén de admiradores, por ejemplo, introduciendo algún supuesto auxiliar *ad hoc*, o reinterpretando *ad hoc* la teoría de manera que escape a la refutación. Siempre es posible seguir tal procedimiento, pero éste rescata la teoría de la refutación sólo al precio de destruir o, al menos, rebajar su *status* científico. (Posteriormente, llamé a tal operación de rescate un «sesgo convencionalista» o una «estrategema convencionalista»)» (K. R. Popper, 1962, 47).

Cierto es que por doquier en la obra freudiana y, por añadidura, en la práctica totalidad de las obras psicoanalíticas posteriores abundan enunciados no ya

sólo infalsables, sino impregnados de un olímpico desprecio a los hechos en los que supuestamente se basan o a los que, en último término, dicen pretender explicar o, cuando menos, entender. Popper acusa al Psicoanálisis de retorcer los hechos para que, mediante el recurso a las hipótesis auxiliares de uso acomodaticio, acaben inexorablemente confirmando lo que interesa al psicoanalista o al teórico que analiza el alcance de sus conjeturas. Prolifera en la literatura analítica, no sólo en la freudiana, esa conocida caricatura según la cual el psicoanalista siempre acierta, pues si el paciente asiente a su interpretación es prueba evidente de su certeza, y si se niega a aceptarla es prueba evidente de su resistencia y, por ende, una confirmación indirecta de su veracidad. Y esto sigue sucediendo pese a que el viejo Freud en uno de sus últimos escritos se hace más dúctil a las exigencias de apertura del Corán psicoanalítico que le llovían desde todos los restantes paradigmas. Así acaba expresando:

«No pretendemos que una construcción sea más que una conjetura que espera examen, confirmación o rechazo. No pretendemos estar en lo cierto, no exigimos una aceptación por parte del paciente ni discutimos con él si en principio lo niega» (S. Freud, 1937, o. c., III, 3370).

El Psicoanálisis es entendido como poesía racionalizada o, acercándonos a Wittgenstein, como «mitología influyente» y sugestiva. Un núcleo fuerte de teorías coherentes y plausibles racionalmente, con vigor heurístico y altamente rupturistas con los sistemas de comprensión convencionales que promueven la ciega adhesión de unos o la fiera oposición de otros. La pasión visceral que levanta su conjunto de explicaciones lo indispone para un juicio frío, imparcial, para la mirada ecuánime o la prueba rigurosa, porque o bien se pacta subrepticamente con las hipótesis auxiliares para defender sus 'pilares fundamentales' de cualquier ataque de los hechos refutatorios, o bien se absorben tales hechos aminorando su impacto sobre la teoría nuclear contraatacando con las evidencias positivas encontradas para las mismas. En «Sociedad abierta, universo abierto», responde a su interlocutor Kreuzer lo siguiente:

«... el psicoanálisis no excluye ninguna conducta humana posible. No dice que bajo ciertas circunstancias sea imposible que un hombre haga esto o aquello. De ahí que siempre que un hombre actúe, confirme la teoría psicoanalítica. Que un hombre se lance al agua para salvar a un niño, arriesgando su propia vida y quizá perdiéndola es un hecho tan explicable para el psicoanálisis como si este hombre arrojara el niño al agua con intención de asesinarlo» (K. R. Popper, 1982, 15).

En varias ocasiones denuncia Popper que una teoría que explica todo, no explica realmente nada, ni puede predecir nada. Ahora bien, una vez pasada,

retrospectivamente puede encontrar hipótesis que justifiquen que tal cosa tenía indefectiblemente que suceder. El abuso de postdicciones y retrodicciones está en la base de la construcción de la teoría freudiana de las neurosis. Lo que delimita la ciencia de la mancia es que aquélla corre riesgos, ésta no. Por el contrario, la ductilidad explicativa de la pseudociencia le permite atender satisfactoriamente a cualquier demanda que se le haga para racionalizar lo inquietante. Nunca se equivoca por la sencilla razón de que no acepta el principio de contradicción de la lógica y admite sin inmutarse en su seno A y $\neg A$ al mismo tiempo.

«Una vez abiertos los ojos de este modo, se veían ejemplos confirmatorios en todas partes: el mundo estaba lleno de *verificaciones* de la teoría. Todo lo que ocurría la confirmaba. Así, su verdad parecía manifiesta y los incrédulos eran, sin duda, personas que no querían ver la verdad manifiesta, que se negaban a verla...» (K. R. Popper, 1962, 45).

Su periplo inicial llevó a Popper a sentir una fascinación grande por A. Adler, lo que también le puso en la pista de Freud. En su magna obra «Conjeturas y Refutaciones» la confiesa, a la vez que manifiesta la convicción de verdad que emanaba de la interpretación marxista de la historia. Pero ante ambas doctrinas, que homologa como pseudocientíficas, experimentó parecida decepción, disgusto y finalmente encono cuando quiso equiparar su justificación lógica con la de otra teoría naciente, la de la relatividad. Disgusto que le motivó a buscar un principio de demarcación más estricto que el de la verificación o el de la significatividad:

«Yo sentía que estas tres teorías, aunque se presentaban como ciencias, de hecho tenían más elementos en común con los mitos primitivos que con la ciencia; que se asemejaban a la astrología más que a la astronomía» (K. R. Popper, 1962, 45).

M. A. Quintanilla (1972) cataloga a estas tres teorías, leyendo a Popper, como «epistemologías según el modelo revelación». Ningún hecho humano, individual o social, es refractario a su heurística, ni aún los hechos no acaecidos estaban privados de significación. Por eso, afirma Popper, «comencé a sospechar que esta fuerza aparente era, en realidad, su debilidad» (*ib.*, p. 46). A juicio de Popper, las teorías pseudocientíficas consumen todas sus energías en la primera parte: la construcción de las conjeturas. Pero no es en esta fase donde una teoría que aspira a explicar científicamente la realidad se diferencia de la explicación mítica, de la leyenda o de la narración novelística. Es claro que uno puede construir imaginativamente universos fantásticos que subyuguen al lector o al escuchador o incluso trasladarlo imaginariamente a ser protagonista del cuento (baste mencionar a la Alicia de L. Carroll o a la protagonista de *La rosa*

púrpura del Cairo de W. Allen). Pero tan 'creíbles' mundos imaginarios no son, necesariamente, reales. El sólido universo conjetural freudiano atrae, hechiza, incluso convence por su coherencia argumental. Sin embargo, es en la segunda fase: la justificación lógica, donde los universos de ficción y los constructos científicos se separan definitivamente: aquellos son incontrastables, éstos no. Como observa J. Martínez:

«Si nuestro objetivo fuera buscar teorías lo más seguras posibles, formularíamos hipótesis ambiguas que pudiesen adaptarse a cualquier sistema de mundo, pero la explicación científica busca explicar el mundo real, que es un mundo concreto, y la 'verdad total' acerca de él debería constar de todos y sólo los enunciados verdaderos formulables» (J. Martínez, 1980, 125).

Hemos de advertir que no es que Popper considere falsas o incorrectas las conjeturas psicoanalíticas. Más exactamente las juzga no-válidas tal como están formuladas porque permanecen inmunes a cualquier intento de falsación seriamente llevado. Y la inmunidad de las teorías las preserva de tal modo de la evolución y la crítica que degeneran en *fundamentalismos*. Las ciencias aceptadas como tales no lo son porque todos sus postulados sean ciertos, ni porque tan siquiera se hayan sometido a contrastación, sino porque son al menos contrastables; esto es: susceptibles de testabilidad empírica en un futuro mediato o inmediato. Para el Psicoanálisis, aceptar el reto de su científicidad implica, arriesgarse a poder ser destruido por hechos rebeldes a sus intentos de explicación. Mientras se encierre en el búnker de la cuasi-infalsabilidad seguirá en ese **limbo epistemológico** en el que desde siempre se ha encontrado. Salir del búnker, exponerse a los ataques, ciertamente quebrará su invulnerabilidad actual, pero también abandonará el acorazamiento que tanto le perjudica y tanto despierta las iras de las teorías alternativas.

4. UN GUIÑO DE TOLERANCIA POPPERIANO

Algo que es claro para el racionalismo crítico, al igual que para todas las escuelas epistemológicas posteriores a él, es que cualquier disciplina que se pretenda científica debe atenerse a una exigencia de racionalidad independiente de dictámenes y maximalismos ideológicos, y por añadidura a cualquier preferencia, creencia o simpatía personal. No es el científico el que decide que un argumento es lógicamente válido o inválido, sino que es la justificación lógica que dicho argumento tenga (*validez de constructo*), bien internamente (*validez concurrente*) bien externamente (*validez deductiva o empírica*). Un discípulo de Popper, lo expresa así:

«... creencia, compromiso, comprensión, son estados de la mente humana. Son pobladores del segundo mundo. Pero el valor científico, objetivo, de una teoría es asunto del «tercer mundo». Dicho valor es independiente de la mente humana que lo crea o lo comprende» (I. Lakatos, 1978, 150).

La dureza aparente de Popper al juzgar el Psicoanálisis muestra, sin embargo, una cierta porosidad. Admite que, si redujera la ambigüedad en la formulación de sus leyes, principios o razonamientos, aumentaría su posibilidad de falsación por la experiencia. Con ello se beneficiaría a la vez porque en vez de mantener a toda costa hipótesis anticuadas o insostenibles, reduciría la tensión interna que padece por cargar con ese lastre. Si soltara ese lastre del que hablamos, estaría más libre de rectificar o modificar las hipótesis presumiblemente más fuertes, corregir sus errores y reformularse para permitir su contrastación.

Dicho de otra forma, el núcleo valioso de la teoría se encuentra seriamente comprometido y contaminado por perpetuar su connivencia y parentesco con hipótesis altamente improbables o presumiblemente inverosímiles. La obstinación por 'salvarlo todo', amén de empeño romántico, puede acarrear la muerte del conjunto. En cambio, la amputación conveniente de elementos contradichos por el tribunal de la experiencia o más plausiblemente explicados por teorías alternativas, puede salvar las restantes conjeturas de una muerte prematura. El mismo problema afecta al conjunto de las ciencias humanas y a otras en estado de formación y es que se pone al científico en la disyuntiva de preservar la teoría pero modificada convenientemente para adaptarse a los hechos, o bien darse por vencido ante la aparente incompetencia de la teoría y desecharla. Duda que expresa Yela con meridiana claridad, aprovechando para cuestionar la refutación como criterio de demarcación:

«Cabe siempre sospechar que otras observaciones más precisas de los hechos la confirmen o que una pertinente modificación de la hipótesis la haga congruente con los hechos comprobados. Es difícil en cada momento distinguir entre modificaciones que, introducidas *a posteriori* en la hipótesis, resultarán ulteriormente fecundas y modificaciones que son meras argucias *ad hoc* para salir del paso» (M. Yela, 1994, 8).

El lector puede extrapolar las consecuencias que estime pertinentes para tomar el pulso al psicoanálisis respecto a por cuál de las dos estrategias especificadas por Yela se guía más a menudo: la puramente *conservadora* que es obviamente legítima, o la *justificacionista* que es obviamente involutiva y regresiva para el porvenir del psicoanálisis.

Popper hace un guiño a la esperanza científica del Psicoanálisis al afirmar: «comprendí que tales mitos son susceptibles de desarrollo y pueden llegar a ser testables» (1962, p. 49). Es indudable que el freudismo y sus adalides se erigen

como poderoso 'programa de investigación' (Lakatos, 1978). Por ello, sería absurdo tirar al niño con el agua del baño, creer que porque el psicoanálisis necesita una purga de sus numerosas capas especulativas y pseudocientíficas, no haya un núcleo que valga la pena preservar y aún desarrollar.

En esa convicción, D. Antiseri piensa que teorías como la psicoanalítica sólo pueden beneficiarse de la confrontación 'desmetafisicadora' y 'desacralizadora' proveniente de la falsación de sus asertos. Eso sí, evitando lo más posible el insidioso 'furor disputationis' que acusan frecuentemente tales tareas. En este sentido exhorta a propios y extraños:

«... porque ya es hora ciertamente de que los filósofos, en vez de 'clamar' contra el psicoanálisis, se interesen seriamente por él y aporten su contribución, modesta o relevante, a la clarificación de un lenguaje hoy ya omnipresente; ... porque... el pensamiento científico, que no es víctima de la tradición... debe reaccionar con coraje en nombre de una metodología que aprecie la fantasía temeraria de las hipótesis explicativas y, al mismo tiempo, el control riguroso y severo de estas conjeturas mediante la observación y el experimento» (D. Antiseri, 1974, 14-15).

La puerta queda abierta para un desarrollo no preñado de tautologías o seducciones embaucadoras. Al ganar en precisión, la teoría se compromete de antemano con la realidad objetiva a la que estudia, prohíbe determinados hechos y extrae de sí misma las condiciones y las pruebas de su claudicación; por así decir, deja desprotegida la arquitectura de sus construcciones psicológicas y expone desnuda su estructura lógica. Con ello, la 'indoctrinación' del evaluador o juez de dicha teoría no es necesaria ni deseable y se elimina la contaminación emocional del juicio.

Es imprescindible en ciencia acabar con las interpretaciones tendenciosas y autocomplacientes, características de teorías con alto grado de megalomanía y narcisismo patológico, y someterlas a un criticismo racional; empujar a las teorías a un careo con lo empírico, contraponer hechos contradictorios a los diseños teóricos con un portentoso caudal especulativo. Si, como Freud argüía, la verdad no puede ser tolerante, el psicoanálisis debe abominar de los usos paracientíficos, de las extrapolaciones gratuitas, de dogmatizaciones facilonas, de las arrogancias incautas con que muchas veces se exhibe a modo de *Welltanschauung* totalizadora.

Freud presumía de que el Psicoanálisis era una ciencia revolucionaria. P. Ricoeur eleva románticamente su dignidad al nombrarlo 'maestro de la sospecha'. ¿No es, acaso, paradójico que una teoría revolucionaria prohíba la discrepancia, obligue a los hechos a someterse, en vez de a la inversa? No habría verdaderamente otra forma más eficaz de reprimir lo revolucionario de su mensaje que

otorgándole un poder omnímodo e inapelable, puesto que entonces se convierte en teoría tiránica y demagógicamente salvadora. ¿A cuántas revoluciones no hemos visto seguir este mismo curso, convirtiéndose en vergonzosa caricatura de la gallardía revolucionaria? Igualmente, no hay forma más contundente de aniquilar la sospecha perpetua contenida en la heurística psicoanalítica que dogmatizar las conclusiones, o cerrar la inquietud abierta por toda sospecha con verdades demasiado apresuradas o demasiado apodícticas.

5. CONCLUSIÓN

Es obvio que la epistemología popperiana inquietó y continúa inquietando al estudioso de su obra, tanto como al simpatizante del Psicoanálisis. Inquieta porque compromete a una tarea rigurosa, enemiga de liviandades y de esoterismos. Es una teoría exigente que no admite ninguna confusión entre el ámbito de la subjetividad (segundo mundo) y el ámbito de la racionalidad (tercer mundo). Desbrozar lo ideológico de lo genuinamente científico es el reto valiente que ha de asumir cada uno. Eso no supone renunciar a la ideología o enarbolar lo científico como único conocimiento, sino que equivale a discriminar en qué grado de certeza o en qué nivel de conocimiento se está, sin caer en mixtificaciones. Creo que el siguiente párrafo expresa la moderación alcanzada por Popper en su madurez:

«No sé muy bien lo que significa «ideología». Supongo que significa teorías que han sido aceptadas acríticamente, el conjunto de todas las ideas con las que vivimos, que no sometemos al tratamiento a que debería someterlas un científico, es decir, discutir las críticamente. Para esas teorías prefiero el nombre de «fondo de conocimientos» al de «ideología». Esto indica que siempre hay teorías que aceptamos sin crítica, incluso si somos científicos. Pero si nuestra inclinación es científica, siempre estamos atentos a equivocaciones en nuestro fondo de conocimientos» (K. R. Popper, 1968 en P. Schwartz y otros).

El popperismo tuvo su momento, fue asimilado y modificado por teorías más permisivas, con menos pulsión de muerte en sus juicios. Teorías que suavizaron el anatema que pesaba sobre el psicoanálisis y otras 'metafísicas' y 'metapsíquicas' modernas y que nos han ido acercando a posiciones más actuales de la indeterminación, del caos y de la 'lógica borrosa', no sólo más benévolas con disciplinas como la psicoanalítica, sino también más similares en su estructura a ésta. El último Popper comulga con la tolerancia de su discípulo Lakatos al trasladar parcialmente el acento desde el principio de demarcación a la noción de «contenido informativo de una teoría». Según esta categoría, disciplinas que posean un alto contenido informativo, aún cuando no sean ampliamente falsa-

bles deben defenderse de un criticismo metodológico extremo. Hay que preservarlas porque representan «*programas de investigación progresivos*», según prefiere denominarlas Lakatos (1978) para extraer de ellas todos los principios fértiles y contrastables. La rigidez metodológica conduciría a su prematura eliminación y no es ése el destino más apropiado de las **construcciones racionales** consistentes. Pero no es éste momento de ocuparnos de ello. Acaso está haciendo Popper un guiño de complicidad a las Ciencias Sociales o Humanas, otrora desechadas por pseudocientíficas, cuando dice:

«... si nuestro fin es aprender, que nuestro conocimiento crezca, deberíamos ser al mismo tiempo críticos y dogmáticos: si no somos dogmáticos, es decir, si no intentamos defender nuestras teorías durante el mayor tiempo posible, la parte crítica tendrá una tarea demasiado fácil y no encontraremos todos los elementos importantes que sean de hecho sostenibles en nuestra teoría. Es decir, que hay razón para defender nuestras teorías y ser dogmáticos hasta cierto punto; mas, por otro lado, todo científico debe tomar en consideración el momento en que debe abandonar su teoría como derrotada...» (K. Popper, 1968, 19).

Popper, eso hay que reconocerlo nos guste o no, introdujo un aguijón crítico en el seno de la teoría psicoanalítica sacándolo de la automoribundia en que su éxito y popularidad la tenían sumida. Desde entonces psicoanálisis y psicoanalistas se mantienen más despiertos y humildes ante lo empírico.

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antiseri, D. (1998), *Análisis epistemológico del marxismo y del psicoanálisis* («Análisi epistemologica del marxismo e della psicoanalisi»), Sígueme, 1978.
- Freud, S. (1898), «La sexualidad en la etiología de las neurosis», *op. cit.*, I, pp. 317-329.
- (1937), «Construcciones en psicoanálisis», *op. cit.*, III, pp. 3339-64.
- Lakatos, I. (1978), *La metodología de los programas de investigación científica* («The Methodology of Scientific Research Programs»), Alianza, 1983.
- (1978), *Matemáticas, ciencia y epistemología* («Mathematics, Science and Epistemology»), Alianza, 1981.
- Martín Santos, L. (1970), «Introducción a Popper», *Ensayos de Filosofía de la Ciencia*, AA.VV., Tecnos, pp. 15-26.
- Martínez, J. (1980), *Ciencia y dogmatismo. El problema de la objetividad en Karl R. Popper*, Cátedra, 1980.
- Popper, K. R. (1945), *La lógica de la investigación científica* («Logik der forschung»), Tecnos, 1982.

- Popper, K. R. (1945), *La sociedad abierta y sus enemigos* («The Open Society and its Enemies», 1945), Paidós, 1981.
- (1962), *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones* («Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge»), Paidós, 1983.
- (1970), «Ensayos de filosofía de la ciencia. En torno a la obra de Sir Karl R. Popper» (*Simposio de Filosofía de la Ciencia*, I), Tecnos, 1970.
- (1974), «El psicoanálisis entre el mito y la ciencia», en D. Antiseri, *Análisis epistemológico del marxismo y del psicoanálisis*, Sigüeme, 1978.
- (1974), «La ciencia normal y sus peligros», en Lakatos & Musgrave, *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, 1975, pp. 149-158.
- (1976), *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual* («Unended Quest. An Intellectual Autobiography», 1976), Tecnos, 1993, 2.ª edición.
- (1984), *Sociedad abierta, universo abierto* («Conversaciones con Frank Kreuzer»), Tecnos, 1984.
- Quintanilla, M. A. (1972), «Idealismo y filosofía de la ciencia», *Introducción a la Epistemología de Karl R. Popper*, Tecnos, 1972.
- Sánchez de Zabala, V. (1970), «Sobre las ciencias de 'complexos'», *Ensayos de Filosofía de la Ciencia*, AA.VV., 1970, pp. 39-63.
- Schwartz, F., Rodríguez Braun, C., y Méndez Ibisate, F. (Eds.) (1993), «Encuentro con Karl Popper», *Actas de los Encuentros con Popper en 1968 y 1991 en Burgos y Santander, respectivamente*, Alianza, 1993.
- Yela, M. (1994), «El problema del método científico en Psicología», *Anuario de Psicología*, n. 60, 1994, pp. 3-12.